

La cárcel del lenguaje

The language prison

Horacio González

Universidad de Buenos Aires

Emilio de Ípola es una figura principal, quiero decir, un pensamiento fundamental en las ciencias sociales del país, pero mucho más en lo que convendría llamar el estudio del lenguaje como una broma, un chasquido irónico del ser. Al decirle figura, quiero decir que encarna también en su expresión conversacional esta característica, la de hablar sin ocultar las hendiduras de todos los problemas mal resueltos del lenguaje que hacemos trascurrir sobre nuestras charlas, pero sin que se note. Pues sino sería difícil hablar. ¿Entonces es que Emilio la hace difícil? No se trata de eso, sino que al presentarse a la mundanidad del diálogo, todos estamos preparados para una cierta obligación de no bajar hasta los pozos oscuros más tenebrosos que vigilan con su risa, el modo en que enhebramos palabras para ser “entendidos”, esquivando los detritus que quedan a nuestras espaldas. Estos serían como rastros de carbón que todavía pueden encenderse. Son las coincidencias anómalas entre palabras, la bastardía de todo concepto, el modo que una palabra olvidada yace detrás de otra, que se le parece pero dice lo contrario.

De Ípola ve las ciencias sociales por su revés, podríamos decir que llega a la forma hendida del estructuralismo lingüístico. Pero hay un desdoblamiento pues las consume y las desmembra continuamente, con un instrumental que funciona como una “bemba”, es decir como un Aleph del “lazo social” lacerado por las fuentes de incredulidad que tiene el lenguaje, que se mueve como una habladuría, es decir, entre su inautenticidad eficaz y su promesa esquivada de verdad. Pero esta manera de sentirse hablando, como en el vacío, nunca impide poder pasar—en cualquier momento—a un mundo conceptual. Un almacén cuidado por

especialistas que admiten modificaciones e incorporaciones semánticas, aunque todo en el mismo plano del sentido correcto. La medieval *intentione recta*. Lo que lleva a un perfecto lucimiento de escritores, que como Emilio, poseen el dominio de la escritura grácil al mismo tiempo que argumentada. Pero por lo que dijimos arriba, siempre hay algo para agregar por el envés. El argumento a veces es un problema cuando se ve despojado de lo que sin ser su vestidura—la singularidad de la expresión escrita—, es algo que debe surgir de una lucha nunca muy apaciguada entre lo que se quiere decir y cómo se lo quiere decir. No apaciguada: es decir, no siempre los argumentos de Kant hay que escribirlos “como Kant”, sino que el resultado final de un pensar es un escribir que llega a su término luego de varios sacrificios de aquello que escapa, de aquello que no combina, de aquello que arruinaría la comprensión. Pero como nunca se elimina del todo esta recolección municipal de residuos, o la escritura finge un buen comportamiento—como si no hubiera salido previamente de una sentina—, o deja que algunos manchones de su anterior vida en las tinieblas de la lengua se den a luz. Emilio siempre hizo las dos cosas, pero algunas siempre en la pública academia, y otras en la intimidad reconocible de su ser dialogal. La *bemba* es su episodio de transacción.

La cárcel, en general, es un abrigo excepcional de cierto tipo de lenguaje conspirativo sobre situaciones u objetos, que inventa palabras protectoras en clave—protectoras ante la agresividad inmediata que significa la relación de guardiacárcel y preso—, y esas claves van formando un idioma carbonario propio, del cual participan al fin policías y condenados. Pero para estos últimos, queda la diferencia de que el estado de amenaza es a ellos les está dirigido, entonces el flujo conversacional va desde los golpecitos en la pared, el morse de los convictos, hasta el cifrado que en su fondo no oculta ningún plan, sino que expresa meramente la pena que acarrea la situación. La cárcel pena y a la vez permite inventar un lenguaje que tiene algo de ilusión -sobreactuando las noticias favorables de libertad-, y algo de defensa ante el poder de celador, que goza prohibiendo la comunicación tal como da en el “exterior”, extra muros.

Muchos llaman a este tipo de idiomas en clave, “el idioma del delito”. Es más adecuado considerarlo como un necesario delito contra las diversas

normas del habla “real” (hablas ciudadanas, que también tiene sus géneros y niveles protocolares). La supuesta irrealidad de este idioma es evidente que no tiene su fuerza en ninguna gramática en especial, sino en el poder de estrujar las palabras comunes, desplazarlas con piruetas metafóricas diversas, invitar a sostenerlas en la charla con un susurro, un tono o una mirada. Si bien no se pueden precisar las formas en que surgen estas iniciativas lingüísticas, hubo alguien que munido de un talento mimético respecto al nombre, al ver que el fabricante de los inodoros del Penal le había dado el nombre que coincidía con su apellido. Se trataba de la marca “Biorsi”, y se creyó así que por mera comodidad era posible llamar *biorsi* a todo acto de concurrir al noble establecimiento que iguala a cobardes y valientes, sin saber el primero que usó tal vocablo que se convertía en un calificado logócrata. Digamos así, no el que gobierna a través de la lengua, sino el que hace de la lengua un ámbito con capacidad de cierto gobierno sobre cómo nos entendemos y señalamos a las cosas. En especial, un aprendizaje sobre la evasión del sentido, incluso su inanidad. Solo de este modo aún se escucha decir *voy al biorsi* en personas que se hallan en locales que distan mucho de parecerse a prisiones, que pueden llevar nombres antiguos como Mau Mau o nuevos (como *El Tropezón*, ahora devuelto a la calle Callao en Buenos Aires). La metonimia, aunque no ella sola, permite superar las trabas que acechan al hablador consecuente, o sea todos, todos con sus mañas y inadvertencias sobre lo que hacen cuando hablan.

El pasaje de la lengua de la Cárcel a la lengua de la Ciudad, se hace mucho más notorio en la palabra *trucho*, hoy triunfante en toda la línea extra-muros. Ha surgido, que duda cabe, de una cárcel, de cientos de cárceles. Y triunfó más que el tango en París. Al parecer, si la cárcel es un sitio dónde es preciso dudar de todo, donde todo debe falsificarse o todo debe denunciarse como falso a fin de producir condiciones de sobrevivencia, la expresión *trucho*, con sus consiguientes formas verbales, expone todo eso. La sospecha nunca desmentida que en forma de simulacro pueden entenderse todas las condiciones de vida social, hizo la palabra *trucho* una voz de uso permanente en la coloquialidad general, e imprescindible para hablar de política, negocios o cuestiones sentimentales varias.

De Ípola explora la expresión *bemba*, que escucha durante su estadía en prisión en los años 70, y hace de ella un magnífico estudio de las relaciones sociales en la lengua, y de la lengua investida del poder de denominar en sí misma cuando en ciertos momentos debe transcurrir por otros niveles comunicacionales. Equivaldría a una noticia, un saber, una referencia. Pero admite de lleno su carácter confidencial. O mejor: su condición de soporte de un mensaje que puede cambiar un destino, pero que a la vez, señala hacia sí mismo como lo que hace a la esencia de toda comunicación. Es en primer lugar un acto que más que significar algo que va de una punta a otra de uno que emite y otro que escucha, es lo paradójico del lenguaje en sí mismo ser. Es la forma inevitablemente carcelaria de todo lenguaje. No sé si Emilio quiso decir exactamente esto en su magnífico estudio. Llamémoslo así, pero no cualquier estudio. Está en la cárcel, y como todo preso, está atento a los movimientos del Poder. Pero éste se hace esquivo, origina rumores como una forma de control y recibe en su ironía profunda a los contra-rumores, de modo que la esperanza del preso, pariente de la esperanza del pobre, se funda en una suerte de palabra que pasa de boca en boca como un trucho talismán. Su tema y su sostén significante toca las raíces profundas de todo idioma.

La inestabilidad del lenguaje lleva inevitablemente a la condición social, entendida como una privación ansiosa de completarse con lo que nunca conseguirá. Gran fábula de la libertad fraguada por la noticia que corta como faca, con la doble máscara de verdad y mentira, necesaria para la íntima libertad que se siente en el rescoldo último del miedo o del cautiverio. ¿Qué escribió Emilio, bajo que régimen conceptual? Sin duda, es un ensayo de la mejor sociología sin nombre, algo que no puede denominarse con exactitud, pues sino habría que llamarlo psicología social o algo por el estilo. “Psicología del rumor”, hay libros que se llaman así, no está mal. Pero esto va más allá, pues se trata aquí de explorar simultáneamente una conciencia afectada por la misma situación que quiere comprender. Hay una circulación libidinal en juego, que es el estallido del lenguaje en condiciones de cautiverio, que su extremo aun posee un nombre para decirse a sí mismo: la *bemba*. El momento en que se reúnen lo deseado con el misterioso del hablar, y lo invencional del habla

con una avidez de libertad. Una conclusión posible del ensayo ipoliano sería que la lengua surge de un profundo deseo de libertad, o bien, que esta no es más que un profundo deseo sin nombre. *La bamba* es así el nombre de lo que ocurre en las profundidades del lenguaje y en las profundidades de la sociabilidad carcelaria. Nombre salido de la boca incendiada de los mismos que padecen su incendio personal.

Lógicamente, puede escribirse en una cárcel y de allí salen los “cuadernos de la cárcel”, que nunca hablan—en este conocido caso—, de las condiciones de vida y lenguaje en esos establecimientos de encierro, lo que entiende perfectamente. Allí se escribía una teoría política del “exterior de la cárcel”, lo que no hacía necesario el estilo cifrado, pero sí ciertas argucias evidentes, la escritura dispersiva, la construcción en crecientes círculos alrededor de un tema central. Muchos pensaron en su momento que en este ensayo de Emilio De Ípola había una vía suplementaria para ensayar el tema de la víctima encarcelada no del modo testimonialista habitual. Abundaron y abundan los trabajos monográficos o las memorias de militantes políticos que rememoran su vida en prisión. En los frecuentes casos en que el encarcelamiento era la casi axiomática antesala de un posterior destino atroz—la desaparición—es evidente que no abundan testimonios. Los que hay, son fragmentos que tropiezan en lo indecible. La opción de De Ípola se diferencia, esto es obvio, de los testimonios directos en relación al par escritura y resistencia política. No escribe sobre un tormento específico, sino sobre cómo la ruta del tormento opera sobre el lenguaje. ¿Podría esto situarse en mejores condiciones para referir cómo ocurren modos históricos de represión política? Personalmente, no lo creo. No obstante, me parece que el válido testimonialismo puede enriquecerse enormemente con una reflexión sobre el modo en que una única palabra adquiere en la superficie de su pronunciación, todos los tonos escondidos de las infinitas estrías de dolor que contiene la existencia y la vida, y con ello, las condiciones de expresión lingüística.

El rumor actúa como un eco de la noticia; no tiene autor, sustancia o contenido, pero se parece a una información válida. ¿Pero existen las informaciones válidas? El rumor informa que no hay informaciones, por lo tanto elige para sí una palabra especial para decir que dice lo posible

siempre en el filo de lo imposible. En los idiomas normalizados, no hay una palabra específica para captar esta sutileza. En la obra de De Ípola esta situación puede denominarse como un caso de materialismo aleatoria en la lengua, uno de los motivos centrales de sus estudios sobre Althusser. No podemos dejar de concluir que la *bemba*, como una modalidad específica del hacer cosas con palabras, recorre los significados que van de la experiencia idiomática del encarcelado hasta el uso inevitable del registro peyorativo, que lo llevará a la discusión con Laclau sobre el populismo. Es claro que en la obra de Ernesto, *populismo* es una palabra sacada de su uso en “modo bemba”. Se convierte en una teoría de la formación del sujeto político actuante e intervencional a través de la retórica. En la obra de Emilio, queda en la esfera de bemba. He allí una gran discusión.